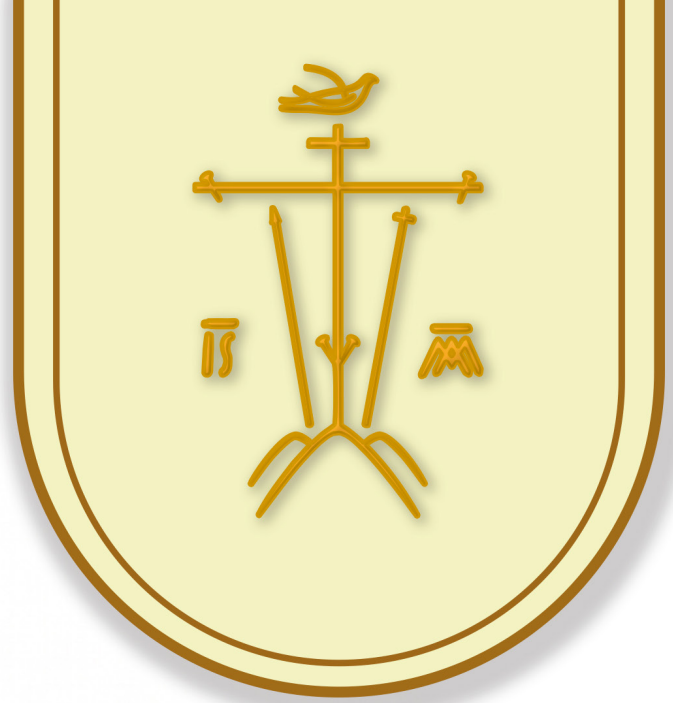




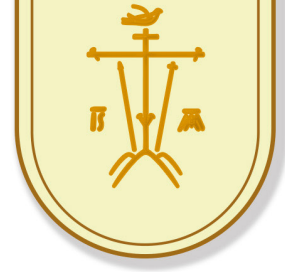
MAYO 2026

RETIRO MENSUAL



MARÍA

Madre y discípula misionera



1. AMBIENTACIÓN, CANCIÓN Y ORACIÓN

Sugerencias para ambientar el espacio y el momento del Retiro:

- El responsable da un saludo de bienvenida a los participantes al retiro;
- Todos asumimos una actitud de encuentro con el Señor: buena disposición, silencio y abandono en las manos amorosas del Padre que nos ha demostrado su gran amor al resucitar a su Hijo Jesucristo. Es decir, nos dejamos seducir y conducir por el Espíritu Santo al desierto (Cf Os 2,14).
- Se coloca en un lugar referencial un cuadro de nuestra Madre del Perpetuo Socorro. Al lado colocamos el Cirio Pascual encendido. Estos dos referentes simbolizan nuestra actitud de estar despiertos y en compañía de la Santísima Virgen María; así como a estar bien dispuestos a dejarnos conducir por la luz y la guía del Resucitado.

CANCIÓN: Era una mujer sencilla

<https://cantoraleltocho.com/canciones/era-una-mujer-sencilla-padre-lucas-casaert>

ORACIÓN: Oración a la Virgen María

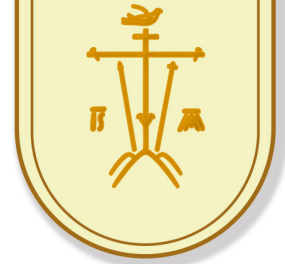
Una de las oraciones más conocidas de nuestro Padre fundador, San Alfonso de Liguorio y, orada por nosotros los redentoristas:

“Santísima e Inmaculada Virgen María, oh Madre mía, a ti que eres la Madre de mi Señor, la Reina del mundo, la Abogada, esperanza y refugio de los pecadores, vengo ahora a pedir tu bendición.

Yo te venero, oh gran Reina, y te doy gracias por tantos favores que me has hecho en el pasado; pero sobre todo te doy gracias por librarme de todos los males. Te amo, oh Señora dignísima de todo amor, y por el amor que te tengo, prometo en adelante servirte, y hacer todo lo que de mí dependa para que otros te amen.

En ti pongo toda mi confianza y mi esperanza de salvación. Recíbeme como a tu siervo y cúbreme con tu manto de protección, tú que eres la Madre de la misericordia. Y puesto que tienes tanto poder para con Dios, líbrame de las tentaciones, o al menos obténme la gracia de vencerlas. Te pido un verdadero amor a Jesús, y la gracia de una santa muerte.

Oh Madre mía, por el amor que tienes a Dios, Nuestro Señor, te ruego que seas mi ayuda en todo tiempo, pero principalmente en el último instante de mi vida. No me dejes, Madre mía, hasta que me veas salvo en el cielo, para bendecirte allí y cantar tus alabanzas por toda la eternidad. Amén.”



2. INTRODUCCIÓN

Con San Alfonso, los misioneros redentoristas siempre han fomentado una profunda espiritualidad y devoción en torno a la figura de la Virgen María. No solamente la han fomentado, sino que, también han sabido interpretar los canales de esa devoción presente en las diferentes culturas y realidades propias de cada tiempo. Este rasgo muy característico de nuestra espiritualidad no es originario nuestro; es un tesoro que pertenece a la riqueza de nuestra Iglesia, que ha sabido beber de esta fuente espiritual maternal de María Santísima.

Aquí nos viene muy bien recordar la rica sabiduría de San Pablo VI: “Cuando la liturgia dirige su mirada hacia la Iglesia de los primeros tiempos o a la Iglesia de nuestros días la Iglesia siempre encuentra a María. En la primitiva Iglesia se le ve orando con los apóstoles, en nuestros días está presente de manera activa y la Iglesia desea vivir el misterio de Cristo con ella. “Concedéndonos que tu Iglesia, en la que María compartió la pasión de Cristo, puede ser digna de compartir también su resurrección”. Se la ve también representada como una voz de alabanza, en armonía con la voz de la Iglesia que desea dar gloria a Dios”. (M. C. n° 11).

3. ILUMINACIÓN BÍBLICA

Dejándonos conducir por la gracia y las luces del Espíritu Santo, leemos y meditamos el texto del Evangelio de San Lucas: Lc 1, 39-56

TEXTO BÍBLICO: Lc 1, 39-56

Por entonces María tomó su decisión y se fue, sin más demora, a una ciudad ubicada en los cerros de Judá. María entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel escuchó su saludo, el niño dio saltos en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: ‘¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!’ ¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a verme? Pues apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mis entrañas. ¡Dichosa tú por haber creído que se cumplirían las promesas del Señor!’.

María dijo entonces:

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador; porque ha mirado la humildad de su sierva.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: ¡Santo es su Nombre! Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.



Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia por siempre.

María se quedó unos tres meses con Isabel, y después volvió a su casa.

4. DESARROLLO DEL TEMA

Para profundizar en el tema nos dejaremos orientar por un texto de la Constitución dogmática sobre la Iglesia, LG n° 57 y nuestras Constituciones redentoristas, C n° 32.

MAGISTERIO ECLESIAL: LG 57-58

57. Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte. En primer lugar, cuando María, poniéndose con presteza en camino para visitar a Isabel, fue proclamada por ésta bienaventurada a causa de su fe en la salvación prometida, a la vez que el Precursor saltó de gozo en el seno de su madre (cf. Lc 1, 41-45); y en el nacimiento, cuando la Madre de Dios, llena de gozo, presentó a los pastores y a los Magos a su Hijo primogénito, que, lejos de menoscabar, consagró su integridad virginal [181]. Y cuando hecha la ofrenda propia de los pobres lo presentó al Señor en el templo y oyó profetizar a Simeón que el Hijo sería signo de contradicción y que una espada atravesaría el alma de la Madre, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones (cf. Lc 2, 34-35). Después de haber perdido al Niño Jesús y haberlo buscado con angustia, sus padres lo encontraron en el templo, ocupado en las cosas de su Padre, y no entendieron la respuesta del Hijo. Pero su Madre conservaba todo esto en su corazón para meditarlo (cf. Lc 2, 41-51).

58. En la vida pública de Jesús aparece reveladoramente su Madre ya desde el principio, cuando en las bodas de Caná de Galilea, movida a misericordia, suscitó con su intercesión el comienzo de los milagros de Jesús Mesías (cf. Jn 2, 1-11). A lo largo de su predicación acogió las palabras con que su Hijo, exaltando el reino por encima de las condiciones y lazos de la carne y de la sangre, proclamó bienaventurados (cf. Mc 3, 35; Lc 11, 27-28) a los que escuchan y guardan la palabra de Dios, como ella lo hacía fielmente (cf. Lc 2, 29 y 51). Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (cf. Jn 19, 25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado; y, finalmente, fue dada por el mismo Cristo Jesús agonizante en la cruz como madre al discípulo con estas palabras: «Mujer, he ahí a tu hijo» (cf. Jn 19,26-27) [182].

CONSTITUCIONES REDENTORISTAS: 32

Consideren a la Bienaventurada Virgen María como su modelo y socorro, pues Ella, sierva del Señor, al recorrer el camino de la fe y abrazarse de todo corazón a la voluntad salvífica de



Dios se consagró por entero a la persona y a la obra de su Hijo, y cooperó y sigue cooperando al misterio de la redención, como perpetuo socorro en Cristo para el pueblo de Dios. Por tanto, trátenla como Madre, con piedad y amor filial.

Fomenten con celo su veneración, sobre todo mediante el culto litúrgico, y celebren sus fiestas con especial fervor.

Fieles a la tradición alfonsiana, todos los congregados honrarán a diario a esta Bienaventurada Virgen. A todos se les recomienda el rezo del santo rosario para recordar e imitar con ánimo agradecido los misterios de Cristo en que María participó.

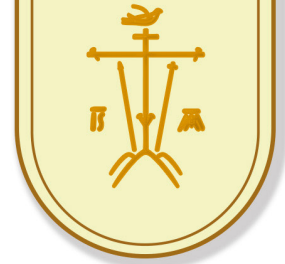
El Papa Francisco ha dedicado varias de sus catequesis de los miércoles, diálogos, homilías y escritos a resaltar la figura y la devoción a la Virgen María, y su papel Madre de los cristianos y discípula de Cristo.

En el marco de sus catequesis sobre la oración, el Papa ha querido insistir en María como discípula que nos lleva hacia Jesús, que es el verdadero salvador e intercesor ante el Padre. Siempre ha puntualizado que hay que ver a María “como Madre, no como diosa”, y que muchos títulos que se le dan a María son “expresiones de amor como un hijo a su madre, a veces exageradas”, detallando que “las cosas que la Iglesia y los santos le dicen a María, las cosas bonitas, no quitan nada a la unicidad redentora de Cristo”, porque “Él es el único Redentor”.

Haciendo referencia a la iconografía cristiana, la presencia de María “está en todas partes, y a veces con gran protagonismo, pero siempre en relación al Hijo y en función de Él”. Las Iglesias de Oriente la han representado “como la Odigitria, aquella que “indica el camino”, es decir, hacia el Hijo Jesucristo”. Diversos íconos de la Virgen de tipo Odigitria en la que ella es la que señala el Camino.

Así lo vemos claramente manifestado en el ícono de nuestra Madre del Perpetuo Socorro. “Sus manos, sus ojos, su actitud son un “catecismo” vivo y siempre apuntan al fundamento, el centro, a lo nuclear de nuestra vida cristiana: Jesús”. “María está totalmente dirigida a Él; hasta tal punto, que podemos decir que es más discípula que Madre. Esa señalización, en las bodas de Caná: “Hagan lo que Él les diga”. Siempre señala a Cristo. Ella, la Madre de Cristo es la primera discípula.

“En la tradición católica existe este lema, este dicho: «Ad Iesum per Mariam», es decir, «a Jesús por María». La Virgen nos hace ver a Jesús. Ella nos abre las puertas, ¡siempre! La Virgen es la madre que nos lleva de la mano a Jesús. La Virgen nunca se señala a sí misma, la Virgen señala a Jesús. Y ésta es la piedad mariana: a Jesús por las manos de la Virgen... Al decir su «sí» -cuando María acepta y dice al ángel: «sí, hágase la voluntad del Señor» y acepta ser la madre de Jesús-, es como si María dijera a Dios: «Aquí estoy, soy una tabla de escribir: que el Escritor escriba lo que quiera, que el Señor de todo haga conmigo».



En aquella época se escribía sobre tablillas enceradas; hoy diríamos que María se ofrece como una página en blanco en la que el Señor puede escribir lo que quiera. El «sí» de María al ángel -ha escrito un conocido exégeta- representa «la cima de todo comportamiento religioso ante Dios, ya que expresa, de la manera más elevada, la disponibilidad pasiva unida a la disponibilidad activa, el vacío más profundo que acompaña a la plenitud más grande».

Papa Francisco, ángelus 13/11/24.

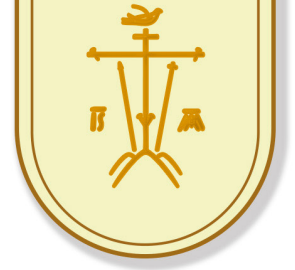
Así como Juan el Bautista supera a todos los profetas nacidos de mujer (Mt 11,11), porque anuncian a Cristo presente en la historia humana, “portadora” de la promesa salvadora de Dios, del mismo modo María Santísima supera a todos los creyentes de la primer ay segunda alianza porque su fe se desenvuelve en un sentido estrictamente cristiano. Ésta es la constatación que surge en aquél célebre episodio de la Anunciación (Lc 1,38). Pues aquí no vemos un mero evento particular de la historia de salvación, sino el núcleo de tal historia, es decir, que con la venida del Mesías davídico anunciado con funciones de rey escatológico (Lc 1, 30-33) y su concepción virginal que hablaba el profeta Isaías 7,14, queda al descubierto la maternidad de María como Madre del Hijo del Altísimo.

María cree sin ninguna duda ni titubeo en el designio salvador de Dios. Ella será la madre del salvador Jesús, es decir, del Hijo único de Dios. Su fe es al mismo tiempo un acoger la palabra y adherirse a la persona de Cristo, es decir, su Hijo. En tal sentido María comienza a abandonarse totalmente a su Hijo. Vale decir ahora, que en el misterio de la anunciación, “María, antes de ver a Jesús, ella ya ha creído en Él” nos dirá J. Galot.

A partir de la respuesta de María al Ángel comienza para ella un camino hacia Cristo. María es “invitada” a ser discípula, seguidora de su propio Hijo, llamado el Cristo. Éste será un camino, -seguimiento-, signado por continuas sacudidas, seguido por un trabajo de asimilación de su nueva realidad: madre y discípula. No se trata de un itinerario pacífico y obvio, porque las convicciones profundas que María adquiere son transformadas por sucesivos mensajes que la “obligan” o la impulsan a elevarse hacia nuevos ámbitos y metas jamás imaginables.

“Cuando Jesús inicia la vida pública no consta que haya llamado a su madre a seguirlo, abandonando la vida ordinaria de Nazaret y el clan familiar. Pero se puede hablar igualmente de la vocación de María a seguir a Jesús en la nueva familia constituida por todos aquellos que cumplen la voluntad de Dios. Y en realidad encontramos a María en la comunidad de Cafarnaúm después del signo de Caná y en aquella -comunidad- de Jerusalén después de la resurrección”. María, Madre de Discípulos, p. 39.

Alumbrados por el pasaje evangélico de hoy nos adentramos en el misterio de la Madre, discípula misionera. La noticia de que su prima Isabel, ya anciana, estaba embarazada, puso en camino a la Virgen María. María concibió maravillosamente por obra del Espíritu Santo. Bien podía ella haberse quedado embelesada o parada ante algo tan grande.



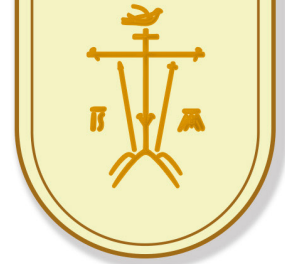
Pero no. María se pone en camino de prisa hacia la montaña, a ver a su prima Isabel, que espera un bebé. Cuando Dios actúa en el corazón humano, no es para dejarlo parado o embozado, sino para generar un movimiento de salida de sí y de servicio y entrega a los demás. Así vemos a María: siempre cerca de Jesús, como la primera discípula y misionera, y también tras la muerte y resurrección de Jesús junto a los discípulos. Y hoy María, la llena de Dios, sigue siendo misionera 100%: vive volcada en la misión de ser Madre de la Iglesia, de ser tu madre: vive constantemente bendiciéndote, protegiéndote, llevándote de la mano hacia su hijo Jesús. Su ser es misión, su vida es estar al servicio de Dios y de nosotros.

“El amor de Cristo nos urge” nos lo recordará San Pablo, 2Cor 5,14, es decir, el amor de Jesucristo es una fuerza interior poderosa que impulsa a los discípulos del Señor, de manera singular a María, su madre, no a vivir para sí mismos, sino para Dios y los demás. “Es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo”. Benedicto XIV, Porta Fidei n° 7. Éste es el amor sublime que apremió el corazón de María a ponerse en camino a servir a su prima Isabel.

María como discípula y misionera, no lleva “oro, incienso o mirra” como llevaron los magos de oriente (Mt 2, 12). Tampoco “plata ni oro” del que carecían Pedro y Juan (Hch 3,6). Ella lleva el mejor tesoro; “el único necesario” (Lc 10, 42): Jesús. Su regalo es su hijo que lleva en sus entrañas y a quien ofrecerá a Dios para la salvación de toda la humanidad. Y vaya que tan digno regalo transformó la vida de aquel humilde hogar aldeano de Judea.

Me permito concluir este apartado con las maravillosas palabras del Papa Francisco en referencia “a la Madre del Evangelio viviente”:

“María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios”. EG. 286.



5. PISTAS PARA LA REFLEXIÓN

¿Vives tú como María, como discípulo y misionero, en movimiento, vuelto hacia tus hermanos? ¿O estás demasiado encerrado en ti mismo? ¿Cuáles son tus mayores urgencias: tus propios beneficios, tu zona de confort o el “ardor misionero” por compartir a Jesucristo? ¿Cómo describes tu relación con la Virgen María en tu vida apostólica?

6. ESPACIO DE COMPARTIR COMUNITARIO

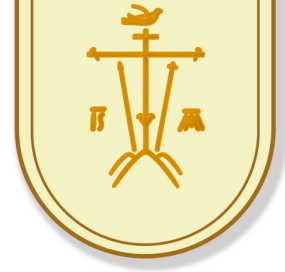
Bajo la mirada tierna y atenta de nuestra Madre del Perpetuo Socorro, en clima fraterno y de recogimiento interior, con espíritu humilde y, haciendo un acto de fidelidad a Dios, es el momento oportuno para enriquecer nuestra vocación misionera redentorista, vivida en comunidad, compartimos los regalos espirituales que el Señor ha depositado en cada uno de nosotros.

7. MOMENTO DE ORACIÓN Y COMPROMISO COMUNITARIO

Contemplando el ícono de nuestra madre del Perpetuo Socorro, quisiera concluir el presente escrito con las palabras, casi como un ruego a la Madre del Señor, de Jorge Bergoglio: El verdadero poder es el Servicio, pp. 133-135. “Nosotros necesitamos su mirada tierna, su mirada de madre, esa que nos destapa el alma. Su mirada que está llena de compasión y de cuidado. Y por eso hoy le decimos: Madre, regálanos tu mirada. Porque la mirada de la Virgen es un regalo, no se compra. Es un regalo de ella. Es un regalo del Padre y un regalo de Jesús en la cruz. Madre, regálanos tu mirada.

Venimos a agradecer que su mirada esté en nuestras historias. En ésa que sabemos cada uno de nosotros, la historia escondida de nuestras vidas. Esa historia con problemas y con alegrías. Y luego de este largo camino, cansados, nos encontramos con su mirada que nos consuela y le decimos: Madre, regálanos tu mirada...

Finalmente, que nada nos interponga a la mirada de la Virgen. Madre, regálanos tu mirada. Que nadie me la oculte. Que mi corazón de hijo la sepa defender de tantos mercachifles que prometen ilusiones: de los que tiene la mirada ávida de vida fácil, de promesas que no pueden cumplirse. Que no nos roben la mirada de la Virgen, que es mirada de ternura y mirada que nos fortalece desde dentro. Mirada que nos hace fuertes de fibra, que nos hace hermanos, que nos hace solidarios. Madre, que no me desoriente de tu mirada; le pedimos... regálamela Madre. Que nunca dude que me estás mirando con la ternura de siempre, y que esa mirada me ayuda a mirar mejor a los demás, a encontrarme con Jesucristo, a trabajar para ser más hermano, más solidario, más encontrado con los demás. Y así juntos podamos venir a esta casa de descanso bajo la ternura de tu mirada. Madre, regálame tu mirada”.



8. CANCIÓN: DULCISIMA ESPERANZA

Dulcísima esperanza, celeste amor, María.
Tú eres la vida mía, mi paz en la aflicción.
Cuando te llamo o pienso en ti mi gozo es tanto
/que un amoroso encanto me roba el corazón. /

Si alguna densa nube viene a turbar mi mente
se aleja apenas siente tu nombre pronunciar.
En este mar del mundo, eres un claro lucero
/que, a mi frágil velero, al puerto ha de guiar. /

Bajo tu hermoso manto, ¡oh Emperatriz querida!,
quiero pasar la vida, quiero morir al fin.
Que, si logro la suerte, de abandonar el suelo,
/amándote en el cielo, seré feliz por ti. /

<https://www.youtube.com/watch?v=GrC-mZijdgQ>





MISIONEROS REDENTORISTAS
PROVINCIA ANDINO CARIBEÑA
MAYO - 2026